

"ENTRE MOSCAS Y FORTINES. DEL ALTO DEL LEÓN A CABEZA LÍJAR"

Vigésima ruta por las sierras de Madrid

El día 29 de mayo se presenta menos fresco que los que le han precedido y anuncia el final de una primavera que ha sido espectacular y verde en nuestra sierra. Un poco desconfiados llevamos todos algo de ropa de abrigo que hoy no vamos a necesitar.

Puntuales, como siempre, nos encontramos los 18 senderistas en el Puerto de Guadarrama sobre las 9 de la mañana, desde donde vamos emprender una caminata con algo de pendiente y un par de cumbres. Hoy vamos a recorrer unos caminos con historia y con vistas panorámicas de 360 grados a la redonda sobre unas montañas donde, hace más de un siglo, nació el senderismo de nuestro país.



Poco antes de salir, en el aparcamiento del asador que hay en el puerto, damos la bienvenida a los tres senderistas que se incorporan al grupo por primera vez: Rafael García-Mauriño, de la promoción del 78, y Abel Santamaría y Fernando del Rey, de la del 80. Javier Ramas nos hace un resumen de lo que nos ha preparado para hoy. Ya estamos acostumbrados a su experiencia y va a ser difícil que nos sorprenda. ¿O sí?

El Puerto de Guadarrama, a 1511 metros sobre el nivel del mar, se conoce como Alto del León (aunque algunos lo conocimos como “puerto de los leones”, en plural) desde tiempos del Marqués de la Ensenada, ministro de Fernando VI, cuando se erigió la estatua de un león sobre un pedestal que se conserva justo en la divisoria entre Segovia y Madrid. El camino se había empezado a pavimentar en 1749 como alternativa a los pasos de Fuenfría y Navacerrada, considerablemente más altos.

Aquí empezamos nuestra jornada, un par de minutos después de las 9 y cuarto, por el camino que pasa por delante de las instalaciones militares, las antenas de comunicación y las líneas de alta tensión que se pensaron para traer la energía eléctrica a Madrid desde las centrales de carbón del Noroeste y las hidroeléctricas del Duero. En seguida, después de un paso canadiense, dejaríamos atrás este paisaje civilizado para trepar hacia la derecha por una senda de las que le gustan a nuestro guía para dirigirnos hacia el cerro Piñonero, que ya habíamos divisado desde el principio.

Esta moderada subida se nos presenta como relativamente fácil y el paisaje de pinos silvestres que atravesamos nos parece apacible. Sin embargo, el día de Nochebuena de

1808, Napoleón se dirigía desde Madrid al encuentro con las tropas inglesas y tuvo que atravesar este puerto en medio de una terrible tormenta de nieve que le sorprendió a pesar de las advertencias de los lugareños. Según las crónicas de la época, los soldados franceses pasaron más frío que en Polonia y el propio emperador tuvo que echar pie a tierra por el viento y las inclemencias. A juzgar por el cuadro de David, los Alpes resultaron más asequibles a la *Grande Armée* que nuestro modesto paso entre mesetas. Aníbal y sus elefantes no pasaron por aquí.



Napoleón cruzando los Alpes (J.-L. David, 1801)



El Ejército francés cruzando la Sierra de Guadarrama. 1808

Según las fuentes de la época, en aquellos años era frecuente que la nieve en esta zona durara hasta junio, y no será este nuevo cronista el que contradiga a sus históricos colegas.

El caso es que nuestro camino hacia el cerro Piñonero transcurre entre conversaciones y sudores. Estos días, en el barrio de Chamartín, donde se hospedara el invasor, en el palacio del duque de Pastrana, hay otros temas de actualidad que hacen tanto ruido como lo haría el insigne huésped. Por supuesto que el escribano quiere dejar constancia para la posteridad del acontecimiento histórico de Taylor Swift,

contemporáneo a nuestra excursión.

A las 10 de la mañana alcanzamos nuestra primera cumbre, el ya mencionado Cerro Piñonero, algo más de 100 metros por encima de nuestra cota inicial. Pero por el camino nos hemos encontrado con otros testigos de la historia: los *búnkeres* o fortines de la guerra civil.

Esta zona fue parte de un frente poco activo durante toda la guerra civil. El ejército nacional alcanzó las cumbres con rapidez y cierta facilidad en los primeros días de la guerra, pero no pasó de aquí al encontrarse con la oposición del ejército republicano, que, aunque desautorizado por el gobierno ante la sospecha de que desertara, estuvo reforzado por las brigadas internacionales. Los fortines, que dan testimonio de aquellos acontecimientos, fueron construidos por el ejército nacional, en tanto que las ruinas que dejara el



republicano están a nuestros pies, más al sur, por la zona de La Jarosa.

A pesar de que estos restos históricos, lamentablemente, se encuentran desatendidos pudimos visitar un fortín bastante bien conservado.

La mañana es espléndida. Nos sobrevuela una avioneta. Las conversaciones animadas. Se nos ve a gusto y hacemos como que nos cansamos para que Javier no se pase. A nuestro alrededor tenemos un paisaje que, si no es el más bonito de nuestras excursiones, sí es impresionantemente abierto.

Javier nos indica: la Pedriza y el embalse de Santillana; más al fondo, cerca de Colmenar Viejo, el cerro de San Pedro; delante de nosotros, redondo, el cerro del Telégrafo, el “pico” de la Golondrina y un poco del embalse de Navacerrada. También vemos la Maliciosa y la Bola del Mundo o Guarramillas, separadas por el collado del Piornal, con los 2.428 metros de Peñalara asomando por detrás. El espectacular decorado incluye a Siete Picos y la Peñota (con sus tres picos)

Al fondo, el extenso embalse de Valmayor cerca de Galapagar y, más cerca, están el Valle de los Caídos y el embalse de La Jarosa, que roba agua al de la Aceña, en Peguerinos ya en la cuenca del Duero, y que es de las pocas cosas que no podemos ver, como El Escorial, tapado por Abantos. Lo que sí vemos entre neblinas son las altas torres de Madrid. Si seguimos dando la vuelta vemos al Montón de Trigo y nos imaginamos a la Mujer Muerta, más allá del Collado de Tirobarra.

Y también vemos Cabeza Líjar, nuestro próximo reto, unos 220 m por encima de nuestras cabezas. Y allá vamos.



A las 10:25 pasamos a la provincia de Segovia rodeados de moscas, inseparables y pesadísimas compañeras de viaje. No sabemos si las moscas se ven atraídas por el sudor o por los protectores solares, pero dan pie a una interesante conversación sobre cómo acabar con los insectos.

En nuestro ascenso a Cabeza Líjar también vamos aprendiendo táctica militar cuando nos encontramos puntos estratégicos que protegían el camino de posibles enemigos

durante la triste guerra. Ya hace calor, aunque no excesivo, y abajo en el valle, cubriendo el bosque de pinos, se ven nubes de polen que anuncian el verano ya cercano. Hoy, el olor de la retama se impone sobre el del pino. Es el aroma de la sierra en ausencia de la jara, que no se da por estas alturas, y que resulta tan evocador a quien escribe.



Después de pasar el collado de Lagasca alcanzamos los 1824 metros de Cabeza Líjar, que está en el cordal que une el Alto del León con Abantos. Es el punto más alto de nuestro recorrido y allí hay un mirador circular construido encima de otro fortín mal conservado (¡qué pena!) que controlaba el collado de la Mina, que se encuentra a nuestros pies y al que luego nos dirigiremos.

Haciendo títeres sobre el punto geodésico encontramos a unos jóvenes con aspecto un poco estrambótico. Uno de ellos, quizá el más extrovertido, nos hace la foto del grupo.

El lugar también se conoce como el “mirador de las tres provincias”, lo que nos recuerda que los madrileños, a veces, nos apropiamos de una sierra que compartimos con Ávila y Segovia.

La panorámica vuelve a ser única. Es una maqueta de la sierra a escala 1:1. Y aprovechamos para dar otra vuelta completa al mundo ayudados por nuestro guía:

La neblina nos impide ver Gredos (¡!) pero un poco más alto que nuestra situación vemos el pico de Cueva Valiente, llamado así por la cueva que alberga.

Por debajo de nosotros, El Espinar y San Rafael en la autopista de La Coruña. Hay una zona llena de polen, llamada la Panera, bañada por el río Moros que ha nacido en Tirobarra.



Observamos el cordal de la Mujer Muerta, la Pinareja y Peña del Oso y el pico del Pasapán con más de 2000 m (que son los pies de la Mujer Muerta)

Otro cordal nos lleva al Montón de Trigo, Peña del Águila, La Peñota y Peña del Cuervo, más bajita; otra vez Siete Picos al fondo, y Peñalara, que desde aquí nos enseña un pequeño nevero que más bien parece un antojo de esta señora.

Seguimos viendo Guarramillas, las dos Cabezas de Hierro, el Escalerón, la Maliciosa, la Pedriza, y, de nuevo, los embalses de Navacerrada (abajo) y Manzanares, el Cerro San Pedro y la Sierra de Hoyo de Manzanares.

Según cuentan los paneles informativos que hemos ido encontrando a nuestro paso, los primeros estudios geológicos de la zona los llevó a cabo Casiano de Prado, que en 1864 y después de 18 años de exploración a lomos de una mula (o de varias) publicó "Descripción Física y Geológica de la provincia de Madrid". Gracias a él, hoy sabemos que lo característico de esta sierra es el granito y el gneis, que tienen los mismos minerales, aunque éste último presenta la alternancia de capas claras y oscuras.

En aquella época de interés por la naturaleza como reacción a la vida urbana, e influenciado por el krausismo centroeuropeo, surgió en España el montañismo, que también sería impulsado por la Asociación Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. En sus primeros tiempos aquello fue considerado una afición extravagante de ricos extranjeros. Los puntos pioneros de esta actividad, es decir, donde se empezó a practicar, fueron Cabeza Lijar, donde nos encontramos, Navacerrada y Camorritos, con su casa de las mariposas. En el año 1913 la Sociedad Española de Alpinismo de Guadarrama, que había surgido a partir de Los Doce Amigos del Paular, publicó el primer número de la revista Peñalara.



Pero volvamos a nuestra ruta. Después de despedirnos de nuestro amable fotógrafo, iniciamos el descenso por unos peldaños esculpidos en el granito (o en el gneis, quién sabe) del propio mirador y nos dirigimos hacia el cercano Collado de la Mina, así llamado por la mina de wolframio que había en las proximidades. El grupo sigue locuaz y se habla de todo, incluso de maquetas, porque entre los senderistas hay varios con aficiones al modelismo ferroviario, frecuentemente ambientado en paisajes montañosos con túneles y cumbres nevadas.

Por allí pasa el GR10 camino de El Escorial y Abantos y la carretera, que hoy es un camino de tierra, también llamada de la mina, que conduce a

Peguerinos y que cruzamos para, inmediatamente, hacer otro pequeño ascenso hasta

el refugio Salamanca, el punto más alejado del inicio de nuestra ruta, que alcanzamos cinco minutos después del mediodía.

El pequeño refugio, hecho de estupendos muros de sillería, se encuentra en penoso estado. Por la zona también quedan restos de un Via Crucis, algunas de cuyas cruces se han caído porque han sido profanadas o por el paso del tiempo.

Estamos encima de la famosa mina, que no podemos ver, y rodeados de fortines tapados por la vegetación. Allí, a la sombra del refugio, hicimos el tradicional “*banana break*” que, además de plátanos, incluye frutos secos. Pasan un par de enormes cuervos, pero su vuelo carece de la majestuosidad del de las rapaces. Hoy algunos terminaremos la excursión sin agua en nuestras cantimploras, lo que creo, no había ocurrido esta temporada.

Y comenzamos la vuelta hacia el puerto de los Leones, a donde esperamos llegar en una hora más o menos, con una breve parada intermedia, aunque nos llevaría algo más.

Poco antes de la una del mediodía, Javier el guía, nos reúne en una sombra para hacernos un resumen del día y “proponernos” abandonar la confortable pista de la Mina, que es demasiado aburrida, y atajar faldeando el cerro Piñonero por su ladera sur sin subir cota. Su propuesta es aceptada por aclamación tácita y nos adentramos por una senda pedregosa que termina descendiendo otra vez hacia el camino de la Mina, que alcanzamos, después de algunos resbalones y culazos, sin consecuencias serias, ya relativamente cerca del puerto.

El grupo ha echado de menos la travesía de algún riachuelo, pero el río Guadarrama nos espera, aunque se cruzará en coche y camino del restaurante.

El nuevo Cronista que ha escrito este rollo se siente muy afortunado por estas jornadas senderiles llenas de camaradería y amistad, por lo que da gracias a Dios y a sus amigos.

Participaron en esta caminata (por orden alfabético del primer apellido): Margarita Carrasco, M^a Antonia Carrato, Andrés Díaz Casado, Paloma Fernández, Luis A. Fernández de Puellas, Javier García Martín, Rafael García-Mauriño, Carlos Marcos, Luis Martul, Ana Pestana, Javier Ramas, Félix Ramos, Fernando del Rey, José Sacristán, María José Sanjurjo, José Miguel San Martín, Abel Santamaría y Margarita Taladriz.

Andrés Díaz Casado

Grupo de Cronistas Senior